La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

	J						
					K		
M			L				
					2		
	3						
						N	

SOLUCION J = Dama; K = Torre; L = Alfil; M = Caballo; N = Rey.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

SOLUCION 6240

				B	R
				4	0
1	6	3	0	1	1
2	9	1	5	0	1
5	3	4	1	1	0
6	9	3	5	1	0

Verano/12

TELETEATRO



(Por Luis Bruschtein) La mitad del living-comedor está ocupada por un sofá enfrentado al televisor. En la otra mitad hay una mesa con cubiertos para dos personas y seis sillas. Sobre la pared cercana a la mesa hay un espejo frente al cual Rosa Carmen, con un camisón celeste de voile transparente, frunce la boca como si formara un beso y cierra los ojos. Luis Alberto entra con el saco al hombro y la corbata floja. Seca la transpiración de su frente con la manga de la camisa y resopla, cansado.

Rosa Carmen (con alegría): —Llegaste, mi amor, he contado cada minuto de tu ausencia.

Luis Alberto (resignado): —¿Qué ausencia? estuve en el trabajo, como todos los días.

Rosa Carmen (incitante, de espaldas al espejo): —Cada vez es más difícil soportar esta distancia entre nosotros...

Luis Alberto (un poco chinchudo): —Y dale, Rosa Carmen, ¿me querés decir qué te pasa?

Ella avanza con pasos de danza y el camisón al vuelo. Tiende sus brazos hacia Luis Alberto, que quiere comer e irse a dormir, aunque acepta la caricia con tolerancia.

Rosa Carmen (cara a cara, con pasión):—Mirame a los ojos, Luis Alberto. Esos ojos tuyos del color de la miel con pintitas marrones. Son ojos de león en celo, Luis Alberto.

Luis Alberto (quejoso, impermeable al glamour): —¿Por qué no comemos, mi amor?

Se desprende del abrazo de Rosa Carmen para sentarse a la mesa en actitud de espera, con los cubiertos en la mano y la mirada perdida. Ella reacciona con despecho. Se arroja sobre el sofá y esconde la cara en la curva del codo.

Rosa Carmen (llorosa): —¡Hay otra mujer!

Luis Alberto (sorprendido): —¿Adónde?

Rosa Carmen (con furia): —¡Entre nosotros, pajarón!, me ponés los cuernos con Olga, la secretaria del jefe.

Luis Alberto (deja los cubiertos de mala gana y se acerca al sofá. Se arrodilla junto a la cabeza de Rosa Carmen y le acaricia los rizos de peluquería): —¿Cómo podés decir eso, mi amor? Si le toco un pelo a Olguita, el jefe me mata.

Rosa Carmen (se sienta violentamente en el sofá, golpea sus rodillas con los puños y da grititos): —¡No me querés, yo sé que no me querés más! Confesalo, hijo de puta. Me abandonás como un trapo después que te di los mejores años de mi vida...

Luis Alberto (le da besos en la cara y comienza a lamerle el lóbulo de la oreja mientras susurra): —¿Qué no te quiero más?, si me volvés loco, gatita, cuchi cuchi, frutillita con crema...

Ella opone resistencia, pero finalmente accede a la presión de Luis Alberto y se recuestan sobre el sofá, calientes. Hacen el amor sin sacarse la ropa, con frenesí. Después llega la calma.

Luis Alberto: —Fue hermoso, Rosa Carmen, pero tenés que entender que la vida no es un teleteatro.

Rosa Carmen (aparta a Luis Alberto, se sienta, arregla su peinado y bosteza): —Estoy cansadisima, Tito —bosteza otra vez—, me voy a dormir, te dejo la comida caliente en el horno (camina hacia la salida de escena).

Luis Alberto (con rabia y en voz baja): —¡Se acabó el teleteatro!



Por Louise Erdrich

EL SALTO

Louise Erdrich nació en Wahpeton, Dakota del Norte, en 1954. Desciende de alemanes e indios chippewas. Estudió y comenzó a escribir en el Darmouth College, se graduó en 1976, y se dedicó a la enseñanza y en 1979 se doctoró en escritura creativa en la Universidad John Hopkins. Comenzó escribiendo poemas ("Jacklight", 1984) y cuentos en las principales revistas norteamericanas. Al año siguiente publicó su primera novela, "Filtro de amor" y, en 1986, "La Reina de la Remolacha" y "Huellas".

Mi madre es la mitad sobreviviente de un acto de trapecismo con los ojos vendados, un hecho sobre el que no pienso mucho incluso ahora que ella ha perdido la vista, como resultado de sucesivas y tenaces cataratas. Mi madre camina lentamente a través de su casa aquí en New Hampshire, tanteando levemente el camino a lo largo de las paredes y haciendo correr las manos sobre chucherías, libros, la deriva de pertenencias y restos de una hija crecida. Nunca cambió de sitio un objeto ni hizo caer una revista al rozarla. Nunca perdió el equilibrio ni tropezó con una puerta de armario dejada abierta por descuido.

Se me ha ocurrido a veces que la precisión felina de sus movimientos en la ancianidad podría ser resultado de su primitivo entrenamiento, pero ella muestra tan poco del drama o el esplendor que podría esperarse de una consumada ejecutante, que tiendo a olvidar a los Avalones Voladores. Mamá no ha guardado un traje de lentejuelas, ni fotografías, ni volantes ni posters de aquella parte de su juventud. En realidad yo tendería a pensar que todo recuerdo de saltos mortales dobles y enganches en el aire que cortaban el aliento ha abandonado sus brazos y piernas de no mediar el hecho de que a veces, mientras estoy sentada cosiendo en el cuarto de la casa reconstruida en el que dormí cuando niñia, oigo el crujido, capto un soplo de humo de la estufa de abajo, y de pronto el cuarto se oscurece, las puntadas arden bajo mis dedos, y estoy cosiendo con una aguja de plata ardiente, una hebra de fuego.

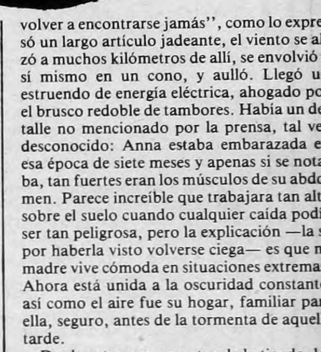
Le debo la existencia a mi madre tres veces. La primera fue cuando se salvó a sí misma. En la plaza del pueblo se alza ahora una réplica, de cemento, cuarteada y resquebrajada, de la tienda de entonces. Conmemora el desastre que puso a nuestro pueblo en la primera plana de los diarios de la tarde de Boston y Nueva York. Fue en esos periódicos, hoy registros históricos, donde obtuve mi información. No de mi madre, Anna la de los Avalones Voladores, ni de ninguno de sus parientes políticos, ni por cierto de la otra mitad de su acto especial, Harold Avalon, su primer esposo. En una de las noticias se lee: "El día estaba un poco nublado, pero nada en el aire o en la temperatura daba algún indicio de la brusca fuerza con que golpearía la tormenta letal".

He vivido en el Oeste, donde uno puede ver el clima acercándose desde kilómetros de distancia, y es cierto que ahí afuera a veces nos encontramos en desventaja. Cuando los extremos de temperatura chocan, cuando chocan un frente frío y uno cálido, se generan al instante vientos detrás de una colina y te golpean sin advertencia. Creo que es probable que ésa haya sido la situación en aquel día de junio. Tal vez la gente comentara lo agradable que era el aire, agradecida de que no golpeara el pleno sol sobre la tienda a rayas que se extendía sobre todo el césped central. Compraron sus entradas y las entregaron expectantes. Se sentaron. Comieron pop acaramelado y maníes tostados. Hubo tiempo, antes de la tormenta, para tres números. Los Caballos Arabes Blancos de Ali-Khazar se alzaron sobre las patas traseras y bailaron el vals. Bernie el Misterioso se dobló a sí mismo hasta entrar en una lata de galletitas pintada, y la Dama de las Nieblas se hizo aparecer y desaparecer en sitios sorprendentes. Mientras las nubes se juntaban afuera, inadvertidas, el maestro de ceremonias hizo restallar el látigo, gritó su presentación, y señaló el techo de la tienda, donde estaban ubicados los Avalones Voladores.

Les gustaba caer graciosamente de ninguna parte, como dos aves centellantes, y tirar besos mientras se quitaban los cascos con plumas y las capas de alto cuello. Reían y flirteaban abiertamente mientras trepaban otra vez a las barras del trapecio. En la viñeta final de su acto, se besaban realmente en pleno aire, haciendo una pausa, casi suspendidos mientras pasaban raudamente el uno junto al otro. Una vez en el suelo, entre reverencias, Harry Avalon se deslizaba rápidamente hasta las primeras filas y señalaba la mancha de lápiz de labios de mi madre, justo junto a su boca. Constituían una pareja realmente romántica, sobre todo en la secuencia con los ojos vendados.

Esa tarde, mientras la expectativa crecía, mientras el señor y la señora Avalon se ataban el uno al otro brillantes tiras de tela sobre los ojos y mientras movían los labios en besos burlones, labios destinados a "no





volver a encontrarse jamás", como lo expre[...] só un largo artículo jadeante, el viento se al[...] zó a muchos kilómetros de allí, se envolvió [...] sí mismo en un cono, y aulló. Llegó u[...] estruendo de energía eléctrica, ahogado po[...] el brusco redoble de tambores. Había un de[...] talle no mencionado por la prensa, tal ve[...] desconocido: Anna estaba embarazada e[...] esa época de siete meses y apenas si se nota[...] ba, tan fuertes eran los músculos de su abdo[...] men. Parece increíble que trabajara tan alt[...] sobre el suelo cuando cualquier caída podí[...] ser tan peligrosa, pero la explicación —la s[...] por haberla visto volverse ciega— es que m[...] madre vive cómoda en situaciones extrema[...] Ahora está unida a la oscuridad constant[...] así como el aire fue su hogar, familiar par[...] ella, seguro, antes de la tormenta de aquell[...] tarde.

Desde extremos opuestos de la tienda, l[...] dos saludaron, ciegos y sonrientes, al públ[...] co de abajo. El maestro de ceremonias [...] quitó el sombrero y pidió silencio, para qu[...] los dos pudieran concentrarse arriba. Se fr[...] taron las manos con polvo de tiza, despu[...] Harry se lanzó y se hamacó una vez, dos v[...] ces, en enormes impulsos calibrados a trav[...] del espacio. Colgaba de las rodillas y en [...] tercer impulso abrió bien los brazos, tend[...] las manos para recibir a su esposa embaraz[...] da mientras ella volaba de su barra brillant[...]

Fue mientras estaba en pleno salto, con l[...] manos a punto de encontrarse, cuando el r[...] yo dio sobre el poste central de la tienda y b[...] jó siseando por los alambres, llenando el ai[...] con una radiación azul que por cierto Har[...] Avalon tiene que haber visto a través de la [...] la de su venda mientras la tienda se doblaba[...] el edificio lo empujaba hacia adelante, con[...] nuando el impulso y sin hacerlo retornar [...] su curva, con Harry bajando, bajando hac[...] la multitud, con el último pensamiento, [...] vez, como apenas un pinchazo de sorpre[...] ante sus manos vacías.

En una ocasión mi madre me dijo que [...] sorprendería ante la cantidad de cosas c[...]

Por Louise Erdrich

EL SALTO

Louise Erdrich nació en Wahpeton, Dakota del Norte, en 1954. Desciende de alemanes e indios chippewas. Estudió y comenzó a escribir en el Darmouth College, se graduó en 1976, y se dedicó a la enseñanza y en 1979 se doctoró en escritura creativa en la Universidad John Hopkins. Comenzó escribiendo poemas ("Jacklight", 1984) y cuentos en las principales revistas norteamericanas. Al año siguiente publicó su primera novela, "Filtro de amor" y, en 1986, "La Reina de la Remolacha" y "Huellas".

Mi madre es la mitad sobreviviente de un acto de trapecismo con los ojos vendados, un hecho sobre el que no pienso mucho incluso ahora que ella ha perdido la vista, como resultado de sucesivas y tenaces cataratas. Mi madre camina lentamente a través de su casa aquí en New Hampshire, tanteando levemente el camino a lo largo de las paredes y haciendo correr las manos sobre chucherías, libros, la deriva de pertenencias y restos de una hija crecida. Nunca cambió de sitio un objeto ni hizo caer una revista al rozarla. Nunca perdió el equilibrio ni tropezó con una puerta de armario dejada abierta por descuido.

Se me ha ocurrido a veces que la precisión felina de sus movimientos en la ancianidad podría ser resultado de su primitivo entrenamiento, pero ella muestra tan poco del drama o el esplendor que podría esperarse de una consumada ejecutante, que tiendo a olvidar a los Avalones Voladores. Mamá no ha guardado un traje de lentejuelas, ni fotografías, ni volantes ni posters de aquella parte de su juventud. En realidad yo tendería a pensar que todo recuerdo de saltos mortales dobles y enganches en el aire que cortaban el aliento ha abandonado sus brazos y piernas de no mediar el hecho de que a veces, mientras estoy sentada cosiendo en el cuarto de la casa reconstruida en el que dormí cuando niñia, oigo el crujido, capto un soplo de humo de la estufa de abajo, y de pronto el cuarto se oscurece, las puntadas arden bajo mis dedos, y estoy cosiendo con una aguja de plata ardiente, una hebra de fuego.

Le debo la existencia a mi madre tres veces. La primera fue cuando se salvó a sí misma. En la plaza del pueblo se alza ahora una réplica, de cemento, cuarteada y resquebrajada, de la tienda de entonces. Conmemora el desastre que puso a nuestro pueblo en la primera plana de los diarios de la tarde de Boston y Nueva York. Fue en esos periódicos, hoy registros históricos, donde obtuve mi información. No de mi madre, Anna la de los Avalones Voladores, ni de ninguno de sus parientes políticos, ni por cierto de la otra mitad de su acto especial, Harold Avalon, su primer esposo. En una de las noticias se lee: "El día estaba un poco nublado, pero nada en el aire o en la temperatura daba algún indicio de la brusca fuerza con que golpearía la tormenta letal".

He vivido en el Oeste, donde uno puede ver el clima acercándose desde kilómetros de distancia, y es cierto que ahí afuera a veces nos encontramos en desventaja. Cuando los extremos de temperatura chocan, cuando chocan un frente frío y uno cálido, se generan al instante vientos detrás de una colina y te golpean sin advertencia. Creo que es probable que ésa haya sido la situación en aquel día de junio. Tal vez la gente comentara lo agradable que era el aire, agradecida de que no golpeara el pleno sol sobre la tienda a rayas que se extendía sobre todo el césped central. Compraron sus entradas y las entregaron expectantes. Se sentaron. Comieron pop acaramelado y maníes tostados. Hubo tiempo, antes de la tormenta, para tres números. Los Caballos Arabes Blancos de Ali-Khazar se alzaron sobre las patas traseras y bailaron el vals. Bernie el Misterioso se dobló a sí mismo hasta entrar en una lata de galletitas pintada, y la Dama de las Nieblas se hizo aparecer y desaparecer en sitios sorprendentes. Mientras las nubes se juntaban afuera, inadvertidas, el maestro de ceremonias hizo restallar el látigo, gritó su presentación, y señaló el techo de la tienda, donde estaban ubicados los Avalones Voladores.

Les gustaba caer graciosamente de ninguna parte, como dos aves centellantes, y tirar besos mientras se quitaban los cascos con plumas y las capas de alto cuello. Reían y flirteaban abiertamente mientras trepaban otra vez a las barras del trapecio. En la viñeta final de su acto, se besaban realmente en pleno aire, haciendo una pausa, casi suspendidos mientras pasaban raudamente el uno junto al otro. Una vez en el suelo, entre reverencias, Harry Avalon se deslizaba rápidamente hasta las primeras filas y señalaba la mancha de lápiz de labios de mi madre, justo junto a su boca. Constituían una pareja realmente romántica, sobre todo en la secuencia con los ojos vendados.

Esa tarde, mientras la expectativa crecía, mientras el señor y la señora Avalon se ataban el uno al otro brillantes tiras de tela sobre los ojos y mientras movían los labios en besos burlones, labios destinados a "no volver a encontrarse jamás", como lo expresó un largo artículo jadeante, el viento se alzó a muchos kilómetros de allí, se envolvió a sí mismo en un cono, y aulló. Llegó un estruendo de energía eléctrica, ahogado por el brusco redoble de tambores. Había un detalle no mencionado por la prensa, tal vez desconocido: Anna estaba embarazada en esa época de siete meses y apenas si se notaba, tan fuertes eran los músculos de su abdomen. Parece increíble que trabajara tan alto sobre el suelo cuando cualquier caída podía ser tan peligrosa, pero la explicación —la sé por haberla visto volverse ciega— es que mi madre vive cómoda en situaciones extremas. Ahora está unida a la oscuridad constante, así como el aire fue su hogar, familiar para ella, seguro, antes de la tormenta de aquella tarde.

Desde extremos opuestos de la tienda, los dos saludaron, ciegos y sonrientes, al público de abajo. El maestro de ceremonias se quitó el sombrero y pidió silencio, para que los dos pudieran concentrarse arriba. Se frotaron las manos con polvo de tiza, después Harry se lanzó y se hamacó una vez, dos veces, en enormes impulsos calibrados a través del espacio. Colgaba de las rodillas y en el tercer impulso abrió bien los brazos, tendió las manos para recibir a su esposa embarazada mientras ella volaba de su barra brillante.

Fue mientras estaba en pleno salto, con las manos a punto de encontrarse, cuando el rayo dio sobre el poste central de la tienda y bajó siseando por los alambres, llenando el aire con una radiación azul que por cierto Harry Avalon tiene que haber visto a través de la tela de su venda mientras la tienda se doblaba y el edificio lo empujaba hacia adelante, continuando el impulso y sin hacerlo retornar en su curva, con Harry bajando, bajando hacia la multitud, con el último pensamiento, tal vez, como apenas un pinchazo de sorpresa ante sus manos vacías.

En una ocasión mi madre me dijo que me sorprendería ante la cantidad de cosas que una persona puede hacer dentro del acto de caer. Quizás, en ese momento, estaba enseñándome a zambullirme desde el trampolín de la piscina del pueblo, porque asocio la idea con saltos a media altura. Pero también creo que quiso decir que aun en ese terrible momento fatal uno podía pensar, porque ella por cierto lo hizo. Cuando sus manos no encontraron las del esposo, mi madre se arrancó la venda. Mientras él pasaba junto a ella por el lado equivocado, mi madre podría haberle agarrado el tobillo, el extremo de las calzas en el pie, y bajar aferrada a él. En vez de eso cambió de dirección. El cuerpo se le retorció hacia un grueso alambre y logró aferrarse al metal trenzado, aún ardiente por el golpe del rayo. Las palmas se le quemaron de un modo tan terrible que una vez curadas no mostraban líneas, sólo el liso tejido cicatrizado de un futuro más sereno. La bajaron lentamente hasta el círculo de arena que estaba bajo la cúpula del techo de lona que no se derrumbó del todo sino que fue retenido por un extremo y tironeado, desgarrado, aún en llamas en algunos sitios debido al rayo gigantesco, aunque la lluvia y las chaquetas de los hombres pronto las apagaron.

Murieron tres personas, pero salvo por las manos mi madre no quedó seriamente herida hasta que un salvador demasiado ansioso le quebró el brazo al sacarla de entre los restos y también, en el proceso, derribó una porción de la tienda que incluía una pesada hebilla que la golpeó dejándola inconsciente. La llevaron al hospital del pueblo, y allí debe de haber sufrido una hemorragia, porque la mantuvieron confinada a la cama, un mes y medio antes de que el bebé naciera sin vida.

Harry Avalon había deseado que lo enterraran en el cementerio circense junto al Avalon original, su tío, así que lo enviaron de regreso con los hermanos. El bebé, sin embargo, fue enterrado aquí a la vuelta, más allá de esta casa y junto a la autopista. A veces yo acostumbraba caminar hasta allí para sentarme. El bebé era una niña, pero rara vez pensé en ella como una hermana o incluso como una persona realmente aparte. Supongo que uno podría llamarlo egocentrismo de niña, de toda niña pequeña, pero la consideraba una versión menos terminada de mí misma.

Cuando la nieve cae, proyectando sombras entre las lápidas, puedo distinguir con facilidad la de ella desde el camino, porque es más grande que las demás y tiene la forma de una oveja en descanso, con las patas dobladas bajo el cuerpo. La oveja esculpida se alza más grande a medida que los años pasan, aunque es probable que sólo se trate de mis ojos, de la visión que cambia, a medida que lo que me es cercano se diluye y que lo lejano se agudiza. Hay momentos extraños en que creo que es el borde que se acerca, el borde de todo, el horizonte no visto del que no hablamos realmente en los bosques orientales. Y también me parece, aunque es probable que esto sea una fantasía tonta, que la estatua se va volviendo más definida, como si, en vez de ir gastándose en una masa porosa, se estuviera endureciendo sobre la colina con cada nevada, perfeccionándose.

Fue durante su internación en el hospital que mi madre conoció a mi padre. Lo llamaron para que se encargara de enyesarle el brazo, porque era un trabajo complejo. Se quedó sentado a su lado, porque tenía algo del viajero de mecedora y había pasado la guerra con tranquilidad, en un campo de entrenamiento de la fuerza aérea, donde se volvió especialista en brazos y piernas quebrados durante ejercicios de entrenamiento con paracaídas. Anna Avalon había estado en muchos de los sitios que él ansiaba visitar. Venecia, Roma, México, toda Francia y España. No tenía familia propia y los Avalones la habían adoptado, la habían entrenado para actuar desde muy temprana edad. Viajaron en gira por Europa antes de la guerra, después se establecieron en Nueva York. Ella era analfabeta.

Fue en el hospital donde por fin aprendió a leer y escribir, como modo de superar el aburrimiento y la depresión de esas semanas, y fue mi padre quien insistió en enseñarle. A cambio de los relatos de las aventuras de mi madre, él le hizo hacer los primeros ejercicios. Le compró su primer libro, y por encima de las atrevidas letras de mi madre, que las pálidas guías de los cuadernos de caligrafía no podían contener, se enamoraron.

Me pregunto si mi padre calculó el intercambio que ofreció: una forma de vuelo por otra. Porque después de eso, y hasta donde puedo recordar, mi madre nunca ha estado sin un libro. Hasta ahora, es decir, y esa sigue siendo la mayor dificultad de su ceguera. Desde la reciente muerte de mi padre, no hay nadie para leerle, razón por la que regresé, en realidad, de mi vida frustrada donde la tierra es plana. Vine a casa a leerle a mi madre, a leer en voz alta, a leer cuando ya hace rato que ha oscurecido, a leer toda la noche.

Cuando mi padre y mi madre se casaron, se mudaron a la granja antigua que él había heredado pero por la que no se había preocupado mucho. Aunque había pensado mudarse a una ciudad más grande, se asentó y amplió su clientela en este valle. Me sigue pareciendo extraño que, cuando podrían haberse ido a cualquier otra parte, hayan decidido quedarse en el pueblo donde ocurrió la tragedia, y que mi padre había encontrado al principio tan limitador. Fue mi madre quien insistió, después de la muerte del bebé. Y además, es cierto, amaba la granja hundida con su fragmento de lo que quedaba de una vasta zona de bosques y campos de heno ocultos que se extendían hasta el parque de diversiones.

Debo mi existencia, por segunda vez entonces, a los dos y al hospital que los unió. Es la deuda que damos por sentada porque ninguno de nosotros pide la vida. Sólo una vez que la tenemos nos aferramos a ella tan estrechamente.

Tenía siete años cuando la casa se incendió, tal vez a partir de cenizas. La ceniza puede volver a arder, y mi padre, olvidadizo alrededor de la casa y siempre exhausto por las visitas nocturnas, a menudo vaciaba lo que creía cenizas de las estufas frías dentro de cajas de madera o cartón. El fuego podía haber empezado en una caja en llamas, o tal vez el culpable fue un amontonamiento de creosota dentro de la chimenea. Empezó alrededor de la estufa, y el centro de la casa quedó destruido. La ñiñera, que se había dormido en la guarida de mi padre del primer piso, despertó para descubrir que la escalera a mi cuarto de arriba estaba cortada por las llamas. Usó el teléfono, después corrió afuera para quedarse parada bajo mi ventana.

Cuando llegaron mis padres, los bomberos voluntarios del pueblo habían extraído agua de la charca para incendios y rociaban la parte externa de la casa, preparándose a entrar en mi busca, sin saber en ese momento que había sólo una escalera y estaba destruida. Al otro lado de la casa, la arcaica extensión externa de la escalera se partió en dos. Tal vez el estruendo de su caída contra las paredes me despertó, porque hasta ese momento había estado dormida.

En cuanto desperté, en el pequeño cuarto que ahora uso para coser, olí el humo. Entonces seguí las cosas al pie de la letra, era buena en memorizar instrucciones, así que hice exactamente lo que me habían enseñado en el entrenamiento para incendio hogareño de segundo grado. Me levanté, y toqué la puerta antes de abrirla. Como la encontré caliente, la dejé cerrada y le metí mi alfombra enrollada bajo la grieta. No me escondí bajo la cama ni me arrastré dentro del armario. Me coloqué mi bata de franela y después me senté a esperar.

Afuera, mi madre estaba parada bajo mi ventana oscura y veía con claridad que no había rescate posible. Las llamas habían atravesado una pared lateral, y el resplandor del incendio iluminaba las ramas macizas y el tronco del vigoroso olmo antiguo que probablemente hubiesen plantado el año en que construyeron la casa, al menos cien años atrás. Ni una hoja tocaba la pared, y sólo una rama delgada raspaba el techo. Desde abajo, parecía como si hasta una ardilla se las hubiese visto en problemas para saltar desde el árbol a la casa, porque el ancho de la pequeña rama no era mayor que el de la muñeca de mi madre.

Parada allí junto a papá, que se estaba preparando a precipitarse alrededor de la casa hasta el frente, mi madre le pidió que le bajara el cierre del vestido. Cuando no quiso que lo molestara con eso, le hizo comprender. El no podía mover las manos con eficacia, así que por último ella se arrancó el vestido de tirones y se irguió allí en perlas y medias. Ordenó a uno de los hombres que inclinara la mitad rota de la extensión de escalera contra el tronco del árbol. Sorprendido, él obedeció. Mi madre trepó. Desapareció. Después se la pudo ver entre las ramas sin hojas de fines de noviembre mientras trepaba y, sobre el estómago, avanzaba centímetro a centímetro a lo largo de una rama que se curvaba por encima de la que rozaba el techo.

Una vez allí, oscilando, se paró y equilibró. Había mucha gente en la calle y muchos que aún recuerdan, o creen recordar, el salto de mi madre a través del aire helado hacia aquella delgadísima extensión, y cómo quebró la rama al caer de modo que se le partió en las manos, se partió con un ruido mayor que el de las llamas cuando mi madre saltó con ella hacia el borde del techo, y cómo cayó dando vueltas sin mi madre, y los ojos de todos subieron otra vez para ver dónde había volado.

Yo no la vi saltar por el aire, sólo oí el brusco golpe sordo y miré hacia la ventana. Estaba colgada con los talones de la canaleta nueva que habíamos instalado ese año, y sonreía. No me sentí sorprendida de verla, ella era tan concreta. Dio un golpecito en la ventana. Recuerdo también cómo lo hizo. Era el más amistoso de los golpes, un poco vacilante, como si temiera haber llegado demasiado temprano a la casa de un amigo. Después señaló el pasador, y cuando abrí la ventana me dijo que la alzara bien alta y la trabara con el palo para que no le apretara los dedos. Osciló hacia abajo, tomó el borde, y se arrastró por la abertura. Una vez que estuvo en mi cuarto, me di cuenta de que sólo llevaba ropa interior, un sostén de algodón densamente cubierto de puntadas que llevaban las mujeres y calzones largos y apretados, con puntillas. Recuerdo que me sentí atolondrada, desde luego, terriblemente aliviada, y después avergonzada por ella, porque la viera desvestida la multitud.

Seguía avergonzada cuando volaba fuera de la ventana, hacia la tierra, conmigo en su falda, las puntas de sus pies apuntadas, mientras nos zambullíamos, hacia el blanco pintado en la red de los bomberos.

Sé que ella está bien. Lo supe incluso entonces. Mientras caes hay tiempo de pensar. Arrollada como estaba contra su estómago, no me asustaron los gritos de la multitud ni los rostros. El viento rugió y nos lamió la espalda con su aliento caliente, las llamas silbaron. Me pregunté lentamente qué habría ocurrido si errábamos el círculo o rebotábamos fuera de él. Después envolví las manos de mi madre con las mías. Sentí el roce de sus labios y oí el latido de su corazón en mis oídos, alto como el trueno, prolongado como el redoble de tambores.

Martes 15 de enero de 1991



una persona puede hacer dentro del acto de caer. Quizás, en ese momento, estaba enseñándome a zambullirme desde el trampolín de la piscina del pueblo, porque asocio la idea con saltos a media altura. Pero también creo que quiso decir que aun en ese terrible momento fatal uno podía pensar, porque ella por cierto lo hizo. Cuando sus manos no encontraron las del esposo, mi madre se arrancó la venda. Mientras él pasaba junto a ella por el lado equivocado, mi madre podría haberle agarrado el tobillo, el extremo de las calzas en el pie, y bajar aferrada a él. En vez de eso cambió de dirección. El cuerpo se le retorció hacia un grueso alambre y logró aferrarse al metal trenzado, aún ardiente por el golpe del rayo. Las palmas se le quemaron de un modo tan terrible que una vez curadas no mostraban líneas, sólo el liso tejido cicatrizado de un futuro más sereno. La bajaron lentamente hasta el círculo de arena que estaba bajo la cúpula del techo de lona que no se derrumbó del todo sino que fue retenido por un extremo y tironeado, desgarrado, aún en llamas en algunos sitios debido al rayo gigantesco, aunque la lluvia y las chaquetas de los hombres pronto las apagaron.

Murieron tres personas, pero salvo por las manos mi madre no quedó seriamente herida hasta que un salvador demasiado ansioso le quebró el brazo al sacarla de entre los restos y también, en el proceso, derribó una porción de la tienda que incluía una pesada hebilla que la golpeó dejándola inconsciente. La llevaron al hospital del pueblo, y allí debe de haber sufrido una hemorragia, porque la mantuvieron confinada a la cama, un mes y medio antes de que el bebé naciera sin vida.

Harry Avalon había deseado que lo enterraran en el cementerio circense junto al Avalon original, su tío, así que lo enviaron de regreso con los hermanos. El bebé, sin embargo, fue enterrado aquí a la vuelta, más allá de esta casa y junto a la autopista. A veces yo acostumbraba caminar hasta allí para sentarme. El bebé era una niña, pero rara vez pensé en ella como una hermana o incluso como una persona realmente aparte. Supongo que uno podría llamarlo egocentrismo de niña, de toda niña pequeña, pero la consideraba una versión menos terminada de mi misma.

Cuando la nieve cae, proyectando sombras entre las lápidas, puedo distinguir con facilidad la de ella desde el camino, porque es más grande que las demás y tiene la forma de una oveja en descanso, con las patas dobladas bajo el cuerpo. La oveja esculpida se alza más grande a medida que los años pasan, aunque es probable que sólo se trate de mis ojos, de la visión que cambia, a medida que lo que me es cercano se diluye y que lo lejano se agudiza. Hay momentos extraños en que creo que es el borde que se acerca, el borde de todo, el horizonte no visto del que no hablamos realmente en los bosques orientales. Y también me parece, aunque es probable que esto sea una fantasía tonta, que la estatua se va volviendo más definida, como si, en vez de ir gastándose en una masa porosa, se estuviera endureciendo sobre la colina con cada nevada, perfeccionándose.

Fue durante su internación en el hospital que mi madre conoció a mi padre. Lo llamaron para que se encargara de enyesarle el brazo, porque era un trabajo complejo. Se quedó sentado a su lado, porque tenía algo del viajero de mecedora y había pasado la guerra con tranquilidad, en un campo de entrenamiento de la fuerza aérea, donde se volvió especialista en brazos y piernas quebrados durante ejercicios de entrenamiento con paracaídas. Anna Avalon había estado en muchos de los sitios que él ansiaba visitar. Venecia, Roma, México, toda Francia y España. No tenía familia propia y los Avalones la habían adoptado, la habían entrenado para actuar desde muy temprana edad. Viajaron en gira por Europa antes de la guerra, después se establecieron en Nueva York. Ella era analfabeta.

Fue en el hospital donde por fin aprendió a leer y escribir, como modo de superar el aburrimiento y la depresión de esas semanas, y fue mi padre quien insistió en enseñarle. A cambio de los relatos de las aventuras de mi madre, él le hizo hacer los primeros ejercicios. Le compró su primer libro, y por encima de las atrevidas letras de mi madre, que las pálidas guías de los cuadernos de caligrafía no podían contener, se enamoraron.

Me pregunto si mi padre calculó el intercambio que ofreció: una forma de vuelo por otra. Porque después de eso, y hasta donde puedo recordar, mi madre nunca ha estado sin un libro. Hasta ahora, es decir, y esa sigue siendo la mayor dificultad de su ceguera. Desde la reciente muerte de mi padre, no hay nadie para leerle, razón por la que regresé, en realidad, de mi vida frustrada donde la tierra es plana. Vine a casa a leerle a mi madre, a leer en voz alta, a leer cuando ya hace rato que ha oscurecido, a leer toda la noche.

Cuando mi padre y mi madre se casaron, se mudaron a la granja antigua que él había heredado pero por la que no se había preocupado mucho. Aunque había pensado mudarse a una ciudad más grande, se asentó y amplió su clientela en este valle. Me sigue pareciendo extraño que, cuando podrían haberse ido a cualquier otra parte, hayan decidido quedarse en el pueblo donde ocurrió la tragedia, y que mi padre había encontrado al principio tan limitador. Fue mi madre quien insistió, después de la muerte del bebé. Y además, es cierto, amaba la granja hundida con su fragmento de lo que quedaba de una vasta zona de bosques y campos de heno ocultos que se extendían hasta el parque de diversiones.

Debo mi existencia, por segunda vez entonces, a los dos y al hospital que los unió. Es la deuda que damos por sentada porque ninguno de nosotros pide la vida. Sólo una vez que la tenemos nos aferramos a ella tan estrechamente.

Tenía siete años cuando la casa se incendió, tal vez a partir de cenizas. La ceniza puede volver a arder, y mi padre, olvidadizo alrededor de la casa y siempre exhausto por las visitas nocturnas, a menudo vaciaba lo que creía cenizas de las estufas frías dentro de cajas de madera o cartón. El fuego podía haber empezado en una caja en llamas, o tal vez el culpable fue un amontonamiento de creosota dentro de la chimenea. Empezó alrededor de la estufa, y el centro de la casa quedó destruido. La niñera, que se había dormido en la guarida de mi padre del primer piso, despertó para descubrir que la escalera a mi cuarto de arriba estaba cortada por las llamas. Usó el teléfono, después corrió afuera para quedarse parada bajo mi ventana.

Cuando llegaron mis padres, los bomberos voluntarios del pueblo habían extraído agua de la charca para incendios y rociaban la parte externa de la casa, preparándose a entrar en mi busca, sin saber en ese momento que había sólo una escalera y estaba destruida. Al otro lado de la casa, la arcaica extensión externa de la escalera se partió en dos. Tal vez el estruendo de su caída contra las paredes me despertó, porque hasta ese momento había estado dormida.

En cuanto desperté, en el pequeño cuarto que ahora uso para coser, olí el humo. Entonces seguí las cosas al pie de la letra, era buena en memorizar instrucciones, así que hice exactamente lo que me habían enseñado en el entrenamiento para incendio hogareño de segundo grado. Me levanté, y toqué la puerta antes de abrirla. Como la encontré caliente, la dejé cerrada y le metí mi alfombra enrollada bajo la grieta. No me escondí bajo la cama ni me arrastré dentro del armario. Me coloqué mi bata de franela y después me senté a esperar.

Afuera, mi madre estaba parada bajo mi ventana oscura y veía con claridad que no había rescate posible. Las llamas habían atravesado una pared lateral, y el resplandor del incendio iluminaba las ramas macizas y el tronco del vigoroso olmo antiguo que probablemente hubiesen plantado el año en que construyeron la casa, al menos cien años atrás. Ni una hoja tocaba la pared, y sólo una rama delgada raspaba el techo. Desde abajo, parecía como si hasta una ardilla se las hubiese visto en problemas para saltar desde el árbol a la casa, porque el ancho de la pequeña rama no era mayor que el de la muñeca de mi madre.

Parada allí junto a papá, que se estaba preparando a precipitarse alrededor de la casa hasta el frente, mi madre le pidió que le bajara el cierre del vestido. Cuando no quiso que lo molestara con eso, le hizo comprender. El no podía mover las manos con eficacia, así que por último ella se arrancó el vestido de tirones y se irguió allí en perlas y medias. Ordenó a uno de los hombres que inclinara la mitad rota de la extensión de escalera contra el tronco del árbol. Sorprendido, él obedeció. Mi madre trepó. Desapareció. Después se la pudo ver entre las ramas sin hojas de fines de noviembre mientras trepaba y, sobre el estómago, avanzaba centímetro a centímetro a lo largo de una rama que se curvaba por encima de la que rozaba el techo.

Una vez allí, oscilando, se paró y equilibró. Había mucha gente en la calle y muchos que aún recuerdan, o creen recordar, el salto de mi madre a través del aire helado hacia aquella delgadísima extensión, y cómo quebró la rama al caer de modo que se le partió en las manos, se partió con un ruido mayor que el de las llamas cuando mi madre saltó con ella hacia el borde del techo, y cómo cayó dando vueltas sin mi madre, y los ojos de todos subieron otra vez para ver dónde había volado.

Yo no la vi saltar por el aire, sólo oí el brusco golpe sordo y miré hacia la ventana. Estaba colgada con los talones de la canaleta nueva que habíamos instalado ese año, y sonreía. No me sentí sorprendida de verla, ella era tan concreta. Dio un golpecito en la ventana. Recuerdo también cómo lo hizo. Era el más amistoso de los golpes, un poco vacilante, como si temiera haber llegado demasiado temprano a la casa de un amigo. Después señaló el pasador, y cuando abrí la ventana me dijo que la alzara bien alta y la trabara con el palo para que no le apretara los dedos. Osciló hacia abajo, tomó el borde, y se arrastró por la abertura. Una vez que estuvo en mi cuarto, me di cuenta de que sólo llevaba ropa interior, un sostén de algodón densamente cubierto de puntadas que llevaban las mujeres y calzones largos y apretados, con puntillas. Recuerdo que me sentí atolondrada, desde luego, terriblemente aliviada, y después avergonzada por ella, porque la viera desvestida la multitud.

Seguía avergonzada cuando volaba fuera de la ventana, hacia la tierra, conmigo en su falda, las puntas de sus pies apuntadas, mientras nos zambullíamos, hacia el blanco pintado en la red de los bomberos.

Sé que ella está bien. Lo supe incluso entonces. Mientras caes hay tiempo de pensar. Arrollada como estaba contra su estómago, no me asustaron los gritos de la multitud ni los rostros. El viento rugió y nos lamió la espalda con su aliento caliente, las llamas silbaron. Me pregunté lentamente qué habría ocurrido si errábamos el círculo o rebotábamos fuera de él. Después envolví las manos de mi madre con las mías. Sentí el roce de sus labios y oí el latido de su corazón en mis oídos, alto como el trueno, prolongado como el redoble de tambores.

MAR DEL PLATA

Humor en barra. No teman que no se trata de barras bravas sino de *La barra de Dolina*, el espectáculo que se presenta viernes, sábados y domingos a las 23.30 en el Teatro Auditorium de esta ciudad. Con dos cantantes, un pianista y su clásico copiloto Guillermo Stronati, una vez más Alejandro Dolina ofrece humor del bueno, sin golpes bajos, con ironía y sin apelar a más recursos que la inteligencia y el ingenio. Maestro en el arte de la improvisación, tiene la virtud de combinarla con un show cuidadosamente preparado en el que se ríe de las pequeñas miserias de los veraneantes, del lenguaje utilizado para decir nada y hasta de la mismísima filosofía griega. Para los fanáticos que lo siguen por televisión a falta de radio, esta presentación teatral resulta imperdible. Los que quieran solicitarle algún tema musical al Sordo Gancé no tienen más que colocar su pedido en un buzón que está ubicado en la escalera que conduce a la sala. El maestro, cuando la memoria no le falla, les responde complacido.

No todo pájaro que comió voló. Tal el caso de los de *Pájaros in the nait*, la obra dirigida por Ricardo Darín que se presenta en el Teatro de las Estrellas de martes a domingo a las 22.30. La pieza de Korovsky y Hermida resulta adecuada para esta puesta por demás original: la de presentar en la temporada marplatense a los que se ha dado en llamar nuevos galancitos, pero sin echar mano del remanido recurso de encuentros y desencuentros amorosos donde los carilindos luzcan más los rostros con que los ha favorecido la naturaleza que sus condiciones actorales. Así, Roberto Antier, José María Monje, Adrián Suar, Diego Torres, Leonardo Sbaraglia junto a Celicia Etchegaray, lejos de hacer de sí mismos sobre el escenario, interpretan las andanzas de una pareja que tras un accidente automovilístico pide ayuda en un castillo donde entran en contacto con un científico, un chino, un sirviente deforme, un ciego y una aterrorizante bandada de pájaros. Una pieza especialmente recomendable para adolescentes.

S.O.L
SOSTENIDO

Pájaros II. Los más chiquitos también tienen quién los invite a volar. De jueves a domingo a las 20.30 en la Sala B de la Biblioteca Municipal —25 de Mayo y Catamarca— se presenta la compañía de teatro El pájaro azul con la comedia titiritera *Una de aventuras*, escrita y dirigida por Adriana Derosa. Pensada para niños de más de cinco años, la pieza cuenta las peripecias del príncipe Artemio, quien en ocasión de un viaje descubre que la vida se parece bien poco a lo que él había imaginado desde las cuatro paredes del palacio.

Tiempos de biógrafo. En el ciclo de cine que se presenta en el parque de Villa Victoria Ocampo, en pantalla gigante se proyectará hoy *Una Eva y dos Adanes (Some like it hot*, Estados Unidos 1959), una comedia de Billy Wilder interpretada por Marilyn Monroe, Tony Curtis, Jack Lemmon, George Raft, Pat O'Brien y Joe Brown. Considerado como un clásico del cine cómico, el film narra la historia de Jerry y Joe (Jack Lemmon y Tony Curtis), dos músicos que tras haber sido testigos de la matanza del día de San Valentín, se disfrazan de mujeres y huyen de Chicago mezclados con una banda femenina que tiene como principal vocalista a Marilyn Monroe. En el marco de este mismo ciclo mañana se verá *El maestro de música* (Bélgica, 1988) una realización de Gerard Corbiau interpretada por José Van Dam, Anne Roussel, Phillippe Volter, Sylvie Fennec y Patrick Bauchau. Con música de Mahler, Verdi, Bellini, Mozart, Schubert, Schumann y Puccini, la película es especialmente recomendable para los que sueñan con una serenata a la luz de la luna. La cita, ambos días, es a las 22.30 en Matheu 1851.

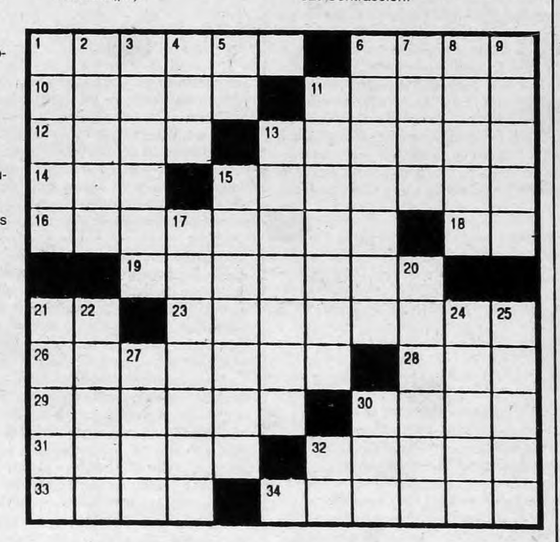

Alejandro Dolina.

Locos por el jazz. Todos los días, a partir de las 0.30, en el subsuelo de la confitería del Jockey Club (Rivadavia y Corrientes) se presenta Carlos Acosta con su clarinete y saxo soprano, acompañado por la Bristol jazz band que integran Claudio Sánchez (trompeta), Daniel Viola (batería), Fernando Romeo (piano y trompeta), Pedro Escannes (trombón), Mario Asandes (banjo) y Mario Romano —de la Rambla vieja jazz band (clarinete). Quien quiera oír, que oiga.

ORTODOXO

HORIZONTALES
1. Merecimiento.
6. Ferrocarril.
10. Dé prisa.
11. Distribuyó bienes o caudales.
12. Colina prolongada.
13. Elogian.
14. Ansar.
15. Traeré razones en defensa de mi causa.
16. Que tiene virtud para sanar.
18. Primero en su especie.
19. Planta aromática que se usa como condimento.
21. Negación.
23. Pusieron suave como la seda.
26. Dio calor.
28. En este lugar.
29. Desvaría.
30. Primer hombre.
31. (Martín) Escritor argentino: "Durante la tragedia".
32. Junta, pega.
33. Cortes menudamente con los dientes.
34. Bañados de luz.

VERTICALES
1. Malignos.
2. Temporada, era.
3. Natural de Rumania.
4. Cólera.
5. Infusión.
6. Glotona.
7. Hurta.
8. Antigua ciudad de la España Tarraconense, hoy Tarrasa.
9. Negación firme e insistente.
11. Alto.
13. Acelera, apresura.
15. Reúno y guardo cosas de valor.
17. Arbusto espinoso, originario de Canadá (pl.).
20. El que pronuncia un discurso.
21. Flotar y andar por el agua.
22. Ojo simple de los insectos.
24. Puesta de sol.
25. Canciones de cuna.
27. (Alan) Actor de "El año que viene a la misma hora".
30. Río de Lombardía, afluente del Po.
32. Contracción.



SOLUCION

